

Revista de cultura de  
la arquitectura, la ciudad  
y el territorio

Centro de Estudios  
de Arquitectura Contemporánea

# BLOCK NOTES

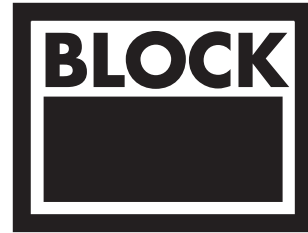
Bernd Nicolai  
Jorge Francisco Liernur  
Alejandro Crispiani  
Vikramaditya Prakash  
Francis Strauven  
Kristin Ross  
Felicity Scott  
Anahi Ballent

«TERCER MUNDO»

Número 6,  
marzo de 2004



UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA



**Revista de cultura de  
la arquitectura, la ciudad  
y el territorio**

**Centro de Estudios  
de Arquitectura Contemporánea**



**UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA**

**Universidad Torcuato Di Tella**

Rector: Dr. Juan Pablo Nicolini

**Centro de Estudios de Arquitectura Contemporánea**

Director: Arq. Jorge Francisco Liernur

**Consejo consultivo:**

Arq. Roberto Aisenson

Arq. Jorge Aslan

Arq. Francisco Bullrich

Arq. Enrique Fazio † (1945-2001)

Arq. Raúl Lier

Arq. Josefa Santos

Arq. Clorindo Testa

**Comité ejecutivo:**

Arq. Oscar Fuentes

Arq. Pablo Pschepiurca

**Block**

**Director:**

Arq. Jorge Francisco Liernur

*Universidad Torcuato Di Tella*

*Consejo Nacional de Investigaciones*

*Científicas y Técnicas*

**Comité de redacción:**

Arq. Noemí Adagio

*Universidad Nacional de Rosario*

Dr. Fernando Aliata

*Universidad Nacional de La Plata*

*Consejo Nacional de Investigaciones*

*Científicas y Técnicas*

Dra. Anahi Ballent

*Universidad Nacional de Quilmes*

*Consejo Nacional de Investigaciones*

*Científicas y Técnicas*

Arq. Alejandro Crispiani

*Pontificia Universidad Católica*

*de Chile (Santiago)*

Arq. Silvia Dócola

*Universidad Nacional de Rosario*

Arq. Eduardo Gentile

*Universidad Nacional de La Plata*

Dr. Adrián Gorelik

*Universidad Nacional de Quilmes*

*Consejo Nacional de Investigaciones*

*Científicas y Técnicas*

Arq. Luis Müller

*Universidad Nacional del Litoral*

Arq. Silvia Pampinella

*Universidad Nacional de Rosario*

Ma. Ana María Rigotti

*Universidad Nacional de Rosario*

*Consejo Nacional de Investigaciones*

*Científicas y Técnicas*

Arq. Claudia Shmidt

*Universidad Torcuato Di Tella*

*Universidad de Buenos Aires*

Dra. Graciela Silvestri

*Universidad Nacional de La Plata*

*Consejo Nacional de Investigaciones*

*Científicas y Técnicas*

**Editor del número 6:**

Jorge Francisco Liernur

**Secretaria de redacción:**

Romina Paula

**Diseño:**

Gustavo Pedroza

**Traducciones:**

Romina Paula

Francisco Gigliotti

No está permitida la reproducción parcial o total del material que aquí se publica.

Las opiniones contenidas en los artículos son de exclusiva responsabilidad de los autores.

ISSN: 0329-6288

Propietario

Universidad Torcuato Di Tella

Miñones 2159/77, (1428) Buenos Aires

Argentina

Tel. (54 11) 4784 0080, int. 166,

(54 11) 4783 8654 (CEAC)

E-mail: ceac@utdt.edu

# Indice



**BLOCK, número 6, marzo de 2004**

---

J. F. L.	Introducción	4
Bernd Nicolai	El cuerpo dócil	8
Jorge Francisco Liernur	Vanguardistas versus expertos	18
Alejandro Crispiani	Entre dos mundos: el largo viaje de la <i>Buena Forma</i>	40
Vikramaditya Prakash	La oposición Oriente-Occidente en el Le Corbusier de Chandigarh	50
Francis Strauven	Aldo van Eyck. La forma de la relatividad	64
Kristin Ross	Autos veloces, cuerpos limpios	74
Felicity D. Scott	Revisando <i>Arquitectura sin arquitectos</i>	80
Anahi Ballent	<i>Learning from Lima</i>	86
	Agradecimientos	96

---

En la tapa:  
Participantes del  
concurso PREVI y  
barriada El Agustino,  
Lima, en un foto-  
montaje aparecido en  
*Architectural Design*,  
1970.

## Decolonización, y reorganización de la cultura francesa

En la segunda película de Claude Chabrol, *Les Cousins* (1959), un joven provinciano llega a París para estudiar Derecho y comparte un departamento con un cínico, mundano y «nietzscheano» primo. Mientras su vicioso primo lleva una vida social frenética, el muchacho del campo pasa la mayor parte del tiempo en su habitación escribiendo cartas tiernas y descriptivas a su madre en el pueblo; momentáneamente agotado de esto, decide leer a Balzac. El dueño de la librería está tan contento con su elección («todos los demás sólo quieren leer pornografía y novelas de detectives») que le regala una copia de *Ilusions perdues*.

Françoise Giroud, una de las figuras claves detrás de la proliferación de revistas femeninas en los años cincuenta en Francia, recuerda en sus memorias cómo ella y la cofundadora de la revista *Elle*, Hélène Lazareff, imaginaron a la lectora ideal de su nueva revista cuando el primer número llegara a los kioscos. Esa lectora imaginada por el staff de *Elle* era más bien joven, entre los veinticinco y los treinticinco, cansada de las privaciones de los tiempos de guerra, necesitada de frivolidad y habitante de Angoulême. ¿Por qué Angoulême? No me acuerdo, dice Giroud. Tal vez por Rastignac<sup>1</sup>.

En una serie de artículos que luego fueron leídos como el manifiesto de la novela francesa de fines de 1950, Alain Robbe-Grillet compara su propia era y su modo de representación realista con la de Balzac. El período de Balzac fue marcado por «el apogeo de lo individual», mientras que el de hoy lo es por «los números administrativos». Los objetos que aparecen en las descripciones de Balzac tambalean bajo el peso de todo lo que se espera que signifiquen; los objetos de Robbe-Grillet están presentes por y para sí mismos, indiferentes al significado humano. Balzac, para Robbe-Grillet, representa a «los viejos mitos de profundidad»; Robbe-Grillet, por su parte, propone «un universo plano y discontinuo donde cada cosa no refiere más que a sí misma»<sup>2</sup>.

Aun cuando Balzac y su modo de representación narrativa le sirven a Robbe-Grillet como ejemplo de todo lo que las novelas

de hoy no deberían ser, el propósito de Balzac de representar su propia era de manera fiel y realista no es puesto en cuestión. De hecho, Robbe-Grillet anhela *ser* el Balzac de su tiempo, para seguir su ejemplo y producir un modo de realismo nuevo y modernizado, adecuado para representar al «hombre nuevo» y su era de números. La Nueva Novela sería una suerte de Comedia Humana sin humanos.

El Balzac de su tiempo, el Rastignac del de la lectora de *Elle*, el Lucien de Rubempré del presente. A fines de 1950 y principios de 1960 –el período de aproximadamente diez años que interesa a estas reflexiones–, durante los años posteriores a la electricidad pero anteriores a la electrónica, Balzac proporciona a la gente un modo de establecer las esperanzas particulares, ansiedades, miedos y aspiraciones de su propia era; es una figura recurrente en una alegoría a través de la cual el presente aparece a la vez como una repetición y una diferencia, un medio de continuidad y un signo de ruptura. Una vez más, como en 1850, el campo es desplazado, y los aldeanos acuden en masa a las nuevas formas de empleo, oportunidades y placeres que pueden ser encontrados en la ciudad. Pero es probable que los parisinos recién llegados de la posguerra fueran mujeres francesas de la provincia que vienen a trabajar de vendedoras, como en *Les bonnes femmes* (1960) de Chabrol o en *Roses à crédit* (1959) de Elsa Triolet; chicos de provincia como Charles, a la búsqueda de un título avanzado en el momento en el que la educación superior ya no es la prerrogativa de una pequeña elite; o inmigrantes argelinos que aspiran a trabajar en las fábricas de autos en las afueras de París, como en *Elise ou la vraie vie* (1966) de Claire Etcherelli. Otros personajes reales también cambiaron. Los cálculos furtivos y los horizontes limitados del «tipo» balzaceano por excelencia, el notario, son repetidos y superados por otro tipo de calculador supremo, que a través del verdadero desarrollo de su disciplina se convierte en factor autónomo de la aceleración de posguerra: el ingeniero. «Y así, más allá del ingeniero, cuyo conocimiento aumenta y cuyas máquinas se perfeccionan y multiplican, se está formando una manera de mirar las cosas, y pronto todo un modo de razonamiento, que marca nuestra era<sup>3</sup>.» El viejo, estable y propietario *hônnete bourgeois* de la era de Balzac reaparece en un formato bien distinto, racionalizado y veloz: el *jeune cadre* que trabaja

Este texto fue publicado originalmente como introducción al libro de Kristin Ross *Fast Cars, Clean Bodies, Decolonization and the Reordering of French Culture*, The MIT Press, Cambridge, Massachusetts, Londres. Ha sido levemente modificado por los traductores a los efectos de facilitar su lectura como artículo autónomo.



Fotograma del film  
*Elise ou la vraie vie*.

duro y mira hacia adelante. Y aun así en *Les belles images* (1966) Simone de Beauvoir va a develar el interés de clase que los une, poniendo en evidencia que se trata del mismo hombre usando distintas máscaras.

La esencia de la recurrente alegoría de Balzac en la década que estamos comentando, tiene que ver con cierta periodización. Según Alain Touraine, es un argumento que presume la originalidad inherente a la época de Balzac, para trasladar la misma condición al presente: «En el ocaso de la industrialización francesa, Balzac estaba al tanto del frenesí por el dinero y la agitación social, pero 1848 debió llegar antes de que todos los problemas en torno al trabajo industrial y al proletariado, pudieran ser vistos a la luz del día. ¿No estamos viviendo ahora, dentro de la nueva sociedad que se está organizando delante de nuestros ojos, un momento comparable a aquél en el que escribió Balzac?»<sup>4</sup>. Continuando con la analogía de Touraine, mayo del sesenta y ocho sería el nuevo 1848, la confirmación ulterior, el evento que certificó el masivo levantamiento social y la ilusión de un país en la década precedente. Con las huelgas más grandes de la historia francesa, mayo del sesenta y ocho traería a la luz todos los problemas e insatisfacciones en torno al tambaleo francés hacia la modernización. Fue el evento que marcó el fin político de aquella acelerada transición hacia el fordismo: una protesta contra las jerarquías de las fábricas fordistas y el estatismo exagerado que había controlado la modernización francesa. (La confirmación económica del fin vendría algunos años más tarde con la crisis del petróleo y la recesión de principios de los años setenta.)

Si no me detengo demasiado en los hechos de mayo del sesenta y ocho, es porque quiero considerar el hecho de la modernización francesa en la década precedente, es decir, porque me propongo considerarla como un *evento*. Está claro que la modernización no es un suceso sino un proceso, que consiste en ciclos económicos y sociales a la vez lentos y veloces. Pero en Francia, el viaje hacia la modernización, dirigido por el Estado, fue extraordinariamente concertado, y después de la guerra el deseo de un nuevo modo de vida se expandió. La velocidad inusual de la modernización francesa de posguerra pareció alimentarse de las cualidades de lo que Braudel designó como la temporalidad del evento: precipitada, dramática y sin aliento. La velocidad con la que la



Simone de Beauvoir  
y Jean-Paul Sartre,  
Dakar, 1950. Cortesía de  
la Biblioteca Nacional,  
París.

sociedad francesa fue transformada de un país rural, católico y de vocación imperial, en un país totalmente industrializado, sin colonias y urbano, significó que aquello que la modernidad necesitaba —managers educados, por ejemplo, o automóviles económicamente accesibles y otros bienes de consumo «maduros», o una serie de ciencias sociales que siguieran modelos científicos y funcionalistas, o una fuerza de trabajo de trabajadores ex-coloniales— irrumpiera con toda la fuerza, excitación, trastorno y horror de lo genuinamente nuevo en una sociedad que aún albergaba enfoques de preguerra.

Es esta velocidad lo que me parece fascinante y de lo que recuerdo haber tomado conciencia cuando leí a Henri Lefebvre por primera vez. Comparando la experiencia francesa con la lenta, firme y «racional» modernización de la sociedad americana a lo largo del siglo XX, Lefebvre evocó la súbita descarga de grandes artefactos en los hogares y calles francesas a la saga del Plan Marshall, en una suerte de culto al cargamento. Parecería que antes de la guerra nadie tenía una heladera; después de la guerra, todos tenían una. Como señala Michel Aglietta, el consumo fordista era gobernado por dos productos: «la *vivienda estandarizada* que es el lugar de privilegio del consumo individual y el *automóvil* como el transporte compatible con la distancia entre casa y lugar de trabajo»<sup>5</sup>. Los franceses, tanto campesinos como intelectuales, tendieron a describir los cambios en sus vidas en términos de las abruptas transformaciones en la casa y el transporte: el arribo de objetos —bienes de consumo a gran escala, autos y heladeras— a sus calles y hogares, a sus trabajos y su *emploi du temps*. En un espacio de sólo diez años, una mujer rural puede haber vivido la adquisición de la electricidad, de agua corriente, de una cocina, una heladera, un lavarropas, la sensación de un espacio interior distinto al exterior, un auto, un televisor, con sus respectivas liberaciones y opresiones. ¿Cuáles fueron los efectos de una serie de cambios tan repentinos? ¿Dónde fueron mejor registrados y grabados estos cambios? ¿Quién pagó el precio? Las relaciones sociales modernas están, por supuesto, siempre mediadas por objetos; pero en el caso de los franceses, esta mediación parece haberse incrementado exponencial y abruptamente, y en un período muy corto. Y aquí no podemos dejar de referir a las películas de Jacques Tati, porque ellas hacen

palpable una vida diaria que apareció cada vez más para desplegarse en un espacio en donde los objetos tendían a dictar a la gente sus gestos y movimientos, gestos que aún no habían coagulado en ningún tipo de familiaridad rutinaria, y que en gran parte debieron ser aprendidos mirando películas norteamericanas. ¿Fue un signo de la particular rapidez de la modernización francesa que el esfuerzo intelectual del país en ese período –los primeros (y más materialistas) trabajos de Barthes y Baudrillard, por ejemplo, o los de los Situacionistas, Cornelius Castoriadis, Edgar Morin, o Maurice Blanchot en sus ensayos sobre Lefebvre– tomara la forma de una reflexión teórica sobre «la vida diaria»? ¿O esa «vida diaria» es elevada al estatus de concepto teórico sólo en esta coyuntura en particular? Las categorías teóricas no son mecanismos analíticos que floten libremente, inocentes de contenidos históricos. Pero si en lugar de eso encuentran sus orígenes en formas de experiencia, entonces la importancia transitoria de categorías críticas como «alienación» y «vida diaria», o la ocupación del primer plano por el concepto de «reificación» durante esos años, deben ser otro signo del trastorno de las relaciones sociales ocasionado por la repentina entrada impetuosa del capital en el «estilo de vida», en los vívidos, casi imperceptibles ritmos diarios<sup>6</sup>. Esto no es menos cierto para el aparato conceptual dominante. Un concepto ideológico clave como el de «comunicación», por ejemplo, a mediados de siglo empezó a referir no sólo al nacimiento de las nuevas tecnologías de información, sino también a la disposición espacial ideal de las habitaciones en las casas modernas de los suburbios. Fue también el título del diario principal dedicado a los avances en estructuralismo. La palabra *comunicación* estaba en todas partes –y aun así, la experiencia misma de la comunicación, entendida como expresión espontánea recíproca, o como la contigüidad necesaria para que la reciprocidad exista, era precisamente lo que estaba en proceso de desaparecer bajo la embestida violenta de las mercancías y de las nuevas formas de las tecnologías de los massmedia. La mercancía (o las relaciones de intercambio) es, ante todo, la producción de no-intercambio entre la gente; el estructuralismo, el movimiento intelectual dominante del período, fetichiza la «comunicación» en el mismo momento en el que varias formas de relaciones directas, no mediadas (*communicare*, del latín: estar en relación con) entre la gente están disminuyendo o siendo decisivamente transformadas.

Se sostiene entonces la analogía de Touraine: su era es la del nacimiento de una nueva época social y económica en Francia, comparable a aquella de principios de la industrialización francesa en 1830 y 1840. Los economistas están de acuerdo en que la consolidación de un régimen fordista en Francia aproximadamente una década antes de 1968 –un período de «crecimiento sin precedentes del capitalismo en Francia»<sup>7</sup>, la década pico del boom

económico de los treinta años posteriores a la guerra– fue una experiencia extraordinariamente voluntarista y desgarradora. Tuvo lugar, por ejemplo, a expensas de un desmontaje despiadado de disposiciones espaciales anteriores, particularmente en París, una ciudad que atravesó demoliciones y renovaciones equivalentes a aquellas que Haussman promoviera cien años antes<sup>8</sup>. Y todo eso ocurrió en la época que vio el traspíe y colapso final del imperio francés, desde la decisiva batalla de Dien Bien Phu en la primavera de 1954, pasando por el primer alzamiento argelino más importante unos meses más tarde, al referendun de la independencia africana en 1958 y al reconocimiento de esa independencia en 1960, hasta los Acuerdos de Evian, que anunciaron oficialmente la independencia de Argelia, que tanto trabajo había costado, en mayo de 1962.

En su caracterización de la singularidad de la época, Touraine no menciona el fin del imperio (ni tampoco el comienzo en referencia a Balzac). Su omisión es característica de muchas narrativas del período, que tienden, aún hoy, a elegir entre las dos historias, la de la modernización francesa y la americanización por un lado, y la de la decolonización por el otro<sup>9</sup>. Creo que debería intentarse, en cambio, mantener las dos historias en tensión en lo que concibo como su imbricada relación, del modo en que fue vivida entonces, y como lo es aún. Las peculiares contradicciones de Francia en ese período pueden ser aprehendidas sólo si se las considera como aquellas de un país de explotadores y explotados, de dominadores y dominados, explotando a las poblaciones coloniales y siendo al mismo tiempo dominado por ellas, o más precisamente, entrando más y más en colaboración o fusión con el capitalismo norteamericano. De hecho, es esta tensión particular la que hace al surgimiento del carácter y tipo social del *jenne cadre*, aquel alto sacerdote del fordismo, algo así como una alegoría nacional de la Francia de 1950 y 1960, en proceso de modernización. A medio camino entre propietario y trabajador, administrando al proletariado pero también marcando su propia tarjeta de control de jornada, el *cadre*, como Francia misma, era un «agente dominado por la dominación capitalista»<sup>10</sup>.

Pensar las dos narrativas a la vez significa tomar en serio la frase capciosa popularizada por Lefebvre y los Situacionistas a principios de 1960: «la colonización de la vida diaria». En el caso de Francia, en otras palabras, implica considerar las distintas maneras en las que la práctica del colonialismo sobrevivió a su historia. Con la pérdida de su imperio, Francia pasó a una forma interior de colonialismo; técnicas racionales administrativas desarrolladas en las colonias fueron llevadas a casa y puestas en uso junto a innovaciones tecnológicas tales como los anuncios para el reordenamiento de la sociedad doméstica metropolitana y la «vida diaria» de sus ciudadanos.



«La casa totalmente eléctrica», *Marie-Claire*, mayo 1955.

Fotograma del film *Playtime* de Jacques Tati.



La teoría marxista hizo un progreso considerable a la hora de refinar teorías de imperialismo en el campo de las relaciones internacionales. Lefebvre, ahora, forzará esa teoría para aplicar las ideas tomadas de un análisis internacional a nuevos objetos: al dominio de las relaciones interregionales dentro de Francia, por ejemplo, o al espacio de domesticidad y prácticas de consumo. Pero fueron sobre todo la desigualdad del ambiente construido de la ciudad, sus alrededores y su geografía social, los que hicieron cristalizar, según Lefebvre, las contradicciones de la vida de posguerra. Para él, el capital especulativo, ya no fue llevado a hurgar afuera, y se dirigió cada vez más hacia las inversiones en el ambiente construido: París, la ciudad misma, se convirtió en el nuevo lugar para una explotación general de la vida diaria de sus habitantes a través de la administración del espacio. A veces, la conversión del colonialismo exterior en uno interior, fue facilitada por una transferencia literal de personal; así, un concejal de la ciudad involucrado en los debates acerca de la renovación parisina de principios de 1960 remarcó que «Francia descolonizó el Tercer Mundo colonizando París, eligiendo, como cabeza de la comisión a cargo de tomar decisiones acerca de la capital, a funcionarios que habían hecho carrera en la África negra o en Asia»<sup>11</sup>. Pero tales transferencias literales palidecen en importancia cuando se las compara con la emergencia, en esos años, de lo que puede ser denominado como la clase *compradora* sirviendo a los intereses del Estado: financieros, constructores, especuladores y altos funcionarios administrativos. La modernización dio vida a toda una nueva clase de intermediarios, nuevos tipos sociales que dominaron y se beneficiaron con las transformaciones llevadas a cabo por el Estado. El *jeune cadre* elevado a una posición intermedia en la jerarquía corporativa, el ama de casa elevada al rol de técnica o administradora del nuevo hogar moderno. ¿No podrían acaso estos ascensos sociales también ser vistos a la luz de una «compradorización» (*compradorization*) generalizada de la clase media francesa?

En la Francia de hoy la tendencia a «mantener separadas las dos historias» tiene, creo, consecuencias sociales y políticas muy serias, consecuencias que se manifiestan en la aparición de los distintos neoracismos de los años ochenta y noventa, que hacen foco en la figura del trabajador inmigrante. Mantener las dos

historias por separado es, usualmente, otro modo de olvidar una de las historias, o de relegarla a otro marco temporal. De hecho esto es lo que ha sucedido. Ya que, desde esta perspectiva (que prevalece en Francia hoy) la historia colonial de Francia no fue más que una experiencia «exterior» que de algún modo tuvo un final abrupto en 1962<sup>12</sup>. Francia avanzó desde entonces hacia nuevas fronteras, autopistas modernas, el E.C.C., y las cocinas eléctricas. Habiendo decisivamente cerrado de un golpe la puerta al episodio argelino, el colonialismo mismo pasó a parecer un arcaísmo polvoriento, como si no hubiera ocurrido en el siglo XX y en las historias personales de muchas personas que aún viven, como si sólo jugara un rol pequeño en la historia nacional de Francia, y ningún rol en su identidad moderna. Uno de los argumentos que más me interesan es que la lógica de la exclusión (racial) que «mantendría las dos historias separadas» es en sí mismo el resultado de la acelerada modernización capitalista que el Estado de Francia emprendió en esos años. El nuevo racismo contemporáneo centrado en cuestiones de inmigración es, como lo dejan en claro las historias contemporáneas de detectives de Didier Daeninckx, un racismo que tiene sus raíces en la era de la descolonización y modernización, en la inversión de movimientos de la población entre las viejas colonias y las viejas metrópolis, en el conflicto que cristalizó en esos días entre lo moderno y lo no-moderno (o tradicional) —estando esto último directamente referido a raza y supuestos rasgos raciales, tales como la pereza o la suciedad—. La inmigración que atormenta las fantasías colectivas de los franceses hoy, es el viejo cómplice del crecimiento acelerado de la sociedad francesa en los años cincuenta y sesenta. Sin el trabajo de sus inmigrantes ex coloniales, Francia no se podría haber «americanizado» exitosamente, ni haber competido en la carrera industrial de posguerra. En los años del boom económico, en otras palabras, Francia hizo uso de las colonias «por última vez» para resucitar y mantener su superioridad nacional sobre ellas, una superioridad urgida por la condición de nación, recientemente adquirida por las ex colonias.

Si las colonias aportaron el trabajo, el combustible vino del Oeste. Inmediatamente después de la guerra los EE.UU. exportaron una fantasía particular, junto a los aparatos, técnicas, y expertos en capitalismo americano, a una Europa devastada por



la guerra: la fantasía de un desarrollo ecuánime, ilimitado y eterno. La modernización capitalista se presenta como eterna, porque disuelve principio y fin, en sentido histórico, en un proceso naturalizado, en marcha, cuyo ritmo ininterrumpido es proporcionado por un mundo social regular e inmutable, desprovisto de conflictos de clase. Puede demostrarse que la llegada de los nuevos bienes de consumo a la vida francesa –las repetitivas prácticas diarias y mediaciones a las que dieron vida– ayudaron a hacer un corte con la gran cantidad de acontecimientos del pasado, o mejor dicho, ayudaron a situar la temporalidad del evento mismo como cosa del pasado. También es preciso tener en cuenta la complicidad de gran parte de la producción intelectual francesa de la era –desde el estructuralismo hasta la escuela de historiografía de Annales– con esa disolución, por el modo en el que estas ciencias eliminan de su horizonte todo lo que pudiera trastornar los procesos de repetición, por el modo en que abandonaron el *evento* como una categoría conceptual. Mi propia consideración un tanto perversa de la modernización francesa como un evento es un intento de enfrentarme a esta práctica aún hegemónica. Historiando la transición de Francia hacia la cultura masiva del *american-style*, la prehistoria de su posmodernismo, intento proporcionar una experiencia de la historicidad que las teorías del posmodernismo, ellas mismas enraizadas en los desarrollos intelectuales de los años cincuenta y sesenta, y en la disolución del acontecimiento y de la representación diacrónica, buscan borrar.

Pero ahora debemos volver brevemente a la promesa más importante hecha por la modernización: la igualdad. La modernización es ecuánime porque contiene en sí misma una teoría de convergencia espacial y temporal: todas las sociedades llegarán a parecerse a nosotros, todas llegarán eventualmente al mismo estado o nivel, todas las posibilidades del futuro están siendo vividas ahora, al menos para occidente: ahí están, expuestas delante nuestro, un mundo inalterable funcionando tranquilamente bajo el signo de la técnica. El proceso de desarrollo en occidente ha sido completado; lo que viene ahora ya existe: el confuso sincretismo de todos los estilos, futuros y posibilidades. La modernización promete una reconciliación perfecta de pasado y futuro en un presente eterno, un mundo en el que toda sedimentación de experiencia social ha sido nivelada o eliminada, donde la pobreza ha sido reabsorbida y, lo más importante, un mundo en el que el conflicto de clase es asunto del pasado, y las manchas de la contradicción se limpiaron en un esfuerzo higiénico sobrehumano, en nuevos niveles de abundancia y distribución equitativa.

Y aun así la experiencia francesa, en su intensidad altamente concentrada, casi de laboratorio, tiene la ventaja de mostrar la modernización como un *medio* de diferenciación social y particularmente racial; una diferenciación enraizada en el discurso

de los años cincuenta acerca de la higiene. Si la consolidación de una gran clase media se produce aproximadamente durante estos años, también es durante estos años que Francia se distancia de sus antiguas colonias, tanto adentro como afuera: este es el momento del gran confinamiento de los inmigrantes, de su traslado a los suburbios en una reelaboración masiva de las fronteras sociales de París y las otras grandes ciudades de Francia. A nivel nacional Francia se retira dentro del hexágono, renuncia al imperio, se confina a sus bordes al mismo tiempo que esos límites se vuelven nuevamente permeables a un torbellino de fuerzas económicas, fuerzas bastante más destructivas de alguna noción adquirida de «nación cultural», de lo que cualquier comunidad inmigrante podría reunir. El movimiento interior –todo un proceso complejo que Castoriadis, Morin y Lefebvre llamaron «privatización»– es un movimiento que resuena a nivel de la vida diaria, por medio del repliegue de la nueva clase media a sus recientes y confortables interiores domésticos, a las cocinas eléctricas, al encierro de los automóviles privados, al interior de una nueva visión del matrimonio y de una ideología de la felicidad construida alrededor de la nueva unidad de consumo de la clase media, la pareja; y de la despolitización como respuesta al incremento en el control burocrático de la vida diaria. La modernización requiere de la creación de un amplio estrato medio privatizado y despolitizado: una «clase media nacional»; de ahí en adelante la subjetividad nacional comienza a tomar el lugar de la clase. En nuestros días, cuando el gran estrato medio se ha vuelto sustancial con la nación misma en Francia, están saliendo a la luz lógicas o principios de exclusión más atávicos. Los conflictos de clase, después de todo, implican algún grado de negociabilidad; una vez que la modernización ha tomado su curso, entonces uno simplemente es francés o no lo es, es moderno, o no lo es: la exclusión se vuelve racial o nacional por naturaleza. Si la ideología de la modernización dice convergencia –todas las sociedades serán iguales– lo que de hecho sostiene y recorta es la gran desigualdad e irregularidad, que debía haber superado: nunca serán como nosotros, nunca se pondrán al día. En el París de hoy ese congelado retraso temporal aparece como configuración espacial: los *intra muros* blancos de la ciudad, de clase alta, rodeados por islas de comunidades de inmigrantes todo a lo largo de la RER.

La analogía de Touraine zozobra cuando tratamos de encontrar al escritor que previó y asumió la monumental tarea de representar semejante transición trascendental. A pesar de sus ambiciones, Robbe-Grillet no llegó a ser el Balzac de su época. Y Didier Daeninckx, que ofrece los argumentos contemporáneos más agudos acerca de las condiciones del presente inmediato que residen en los fracasos y acontecimientos de los años cincuenta y

sesenta, es un escritor de hoy, no de entonces. Tal vez el punto es que ni un solo escritor pudo ocupar la posición de Balzac, en un momento que también fue caracterizado por la introducción de estudios de mercado para la publicación de libros, por el marketing masivo de libros baratos, por el nacimiento de la cultura de la imagen y por una crisis profunda en la novela tradicional, que reflejó la nueva fragmentación de la vida social. Pero las novelas y reflexiones teóricas de Robbe-Grillet, en particular, están demasiado imbuidas en la ideología de la modernización como para ofrecer la perspectiva crítica necesaria. Según el trabajo de Jacques Leenhardt, la Nueva Novela es parte y parcela de esa ideología y de todo el movimiento contemporáneo por el que un materialismo naïf o vulgar viene a ser sustituido por el materialismo dialéctico y la *mentalité* (o cultura compartida, valores compartidos, o cualquier tipo de designación prevaeciente de «consenso» o promedio) toma el lugar de la ideología. Tanto el estructuralismo y la escuela de historiografía de Annales como la Nueva Novela, son cómplices de los trabajos de modernización capitalista, en parte por su negación vanguardista pero también por el desmontaje de la narrativa histórica.

Para ayudar a formular una prehistoria crítica del posmodernismo en Francia es preciso mirar para todos lados: a aquellos artistas y pensadores que historizaron su era en su momento y que dieron plena voz a los debates y controversias en torno a la modernización. Novelistas tales como Christiane Rochefort, Simone de Beauvoir y Georges Perec trabajando de un modo realista; directores de cine, de Jacques Tati a Jacques Demi; y aquellos teóricos sociales que después de la guerra dedicaron su atención a la «vida diaria» y llevaron a cabo la tarea de informar para el presente –sus trastornos y sus costos sociales– tarea que los historiadores, perdidos en un sueño prolongado acerca de la *longue durée* del feudalismo, eligieron evitar. Si el solitario autor monumental realista trabajando para representar la totalidad de una era –un «Balzac»– fue relegado a un pasado definitivo, entonces sigue siendo el *modo* realista lo que debemos mirar para encontrar el estilo narrativo más apropiado para retratar la desigualdad<sup>13</sup>. El modo realista trata de ponerse de acuerdo con –o de dar un informe histórico de– la fatiga y alegría de los momentos en los que la gente se encuentra viviendo dos vidas al mismo tiempo. Como sugiriera Raymond Williams, el realismo da una forma a las experiencias de aquellos que están en los bordes externos del alcance de la modernidad, los que quedaron afuera o aquellos que fueron dejados atrás, para quienes la abundancia es acompañada por una degradación en sus condiciones de existencia. El realismo ofrece una voz a aquellos que viven en una temporalidad distinta, que siguen un ritmo de vida que no está sincronizado con el dominante. En el período de

posguerra, la ficción realista y el cine ofrecieron una crítica a representaciones oficiales de una Francia uniformemente próspera, avanzando hacia los patrones de consumo y la cultura masiva del *american-style*. Es en estos trabajos que aún podemos vislumbrar la «democracia del consumo» por lo que es: la forma más nueva de la democracia burguesa, la coartada de una sociedad de clases.

#### Notas

1. François Giroud, *Leçons particulières* (París: Livre de Poche, 1990), p. 123. Aquí, y a lo largo de este libro, las traducciones del francés son mías, salvo excepciones que serán especificadas.
2. Ver Allain Robbe-Grillet, *Pour un nouveau roman* (París: Editions de Minuit, 1963), traducción Richard Howard como *For a New Novel* (Nueva York: Grove, 1965).
3. Francis-Louis Closon, *Un homme nouveau: L'ingénieur économiste* (París: Prensas universitarias francesas, 1961), pp. 13-14.
4. Alain Touraine, *La société post-industrielle* (París: Editions Denoël, 1969), pp. 115-116.
5. Michel Aglietta, *Régulation et crises du capitalisme* (París: Calmann-Lévy, 1976), traducción David Fernbach como *A Theory of Capitalist Regulation: The U.S. Experience* (Londres: New Left Books, 1976), p. 159.
6. *Arguments*, un importante diario neo-marxista publicado entre 1956 y 1962 para el que escribieron Lefebvre, Morin y Barthes, entre otros, publicó una traducción del ensayo de Georg Lukács sobre la reificación en 1960.
7. André Gauron, *Histoire économique de la Vième république*, vol. 1 (París: Maspero, 1983), p. 6.
8. Ver Alain Lipietz, «Governing the Economy in the Face of International Challenge: From National Developmentalism to National Crisis»; en: *Searching for the New France*, ed. James F. Hollifield y George Ross (Nueva York: Routledge, 1991), pp. 17-42.
9. El reciente *Seducing the French: the Dilemma of Americanization* (Berkeley: University of California Press, 1993) de Richard Kuisel es un buen ejemplo de una historia político/económica que se focaliza completamente en el «milagro económico francés» y la americanización sin ninguna consideración acerca del fin del imperio.
10. La frase es de André Gorz. Ver su *Critique de la division du travail* (París: Seuil, 1973).
11. Citado en Louis Chevalier, *L'assassinat de Paris* (París: Calmann-Lévy, 1977), traducción David P. Jordan como *The Assassination of Paris* (Chicago: University of Chicago Press, 1994), p. 236.
12. Ver Etienne Balibar, «L'avancée du racisme en France»; en: *Les frontières de la démocratie* (París: La Découverte, 1992), pp. 19-98.
13. Hice este *argument* en el contexto de una lectura de la novela de detectives de Didier Daeninckx en «Watching the Detectives»; en: *Postmodernism and the Rereading of Modernity*, ed. Francis Barker, Peter Hulme y Margaret Iversen (Manchester: Manchester University Press, 1992), pp. 46-65.

Entidades con cuya colaboración y  
apoyo se realizó la sexta edición de Block:

Fondo Nacional de las Artes  
Agencia de Promoción Científica y Tecnológica

Cantidad de ejemplares: 500  
Tipografía: Garamond Stempel y Futura  
Interior: papel obra de 120 g  
Tapas: cartulina ecológica de 220 g

Preimpresión: NF producciones gráficas  
Impresión: Instituto Salesiano de Artes Gráficas

Registro de la propiedad intelectual n° 910.348  
Hecho el depósito que marca la ley n° 11.723

Precio del ejemplar: \$ 18

